

CAPÍTULO XVIII.

Abril florecía en los arbustos cargados de mieles y de aromas; cantaba en los arroyos, por el deshiele de las niveas montañas engrosados; amaba en los nidos, sobre cuyas pajas y lanillas abrían sus alas y lanzaban sus gorjeos las aves en celo y en amor. Entre tantas palpitaciones de la vida congregábanse los ejércitos de la destrucción y de la muerte. Siete mil infantes, mil quinientos jinetes, apercibíanse á la marcha, mandados, en su mayoría, por caudillos abencerrajes, resueltos partidarios de Boabdil. Las fronteras de Córdoba eran el término de aquella expedición, á la cual fiaban multitud innumerable de sólidas esperanzas cuantos árabes creían presa á los cristianos de un terror natural á la herida cruenta de sus desventuras en Málaga. Eran de ver los grandes cuadros que componían las gentes militares aquellas, unos armados de piquetas, otros de lanzas, otros de arcabuces, todos

de diversos aprestos, aquellos cuadros de matemática regularidad, sobre cuyas tersas superficies ondeaban enseñas y banderolas de gayos colores, y de ricas sederías. Los cintos de aquellos soldados, á los cuales iban suspensas tales armas blancas y cortas como las necesarias para luchar cuerpo á cuerpo; los turbantes, coronados por insignias heráldicas, que aumentaban el guerrero fulgor; los escudos del grandor de un hombre, adornados con claveteaduras áureas; todas sus preseas dábanle tanto marcial aspecto á estos héroes y mártires del infortunio como el atribuído á los que intentaron la conquista de nuestra península y vieron siempre abrirse las grandes alas del fausto y apetecido triunfo sobre sus cabezas orladas por los pueblos y por la historia de inmarcesibles laureles. Vulgares supersticiones enlazan la cobardía de los individuos con la decadencia de los pueblos sin motivo y sin razón, pues á veces han menester de mayor esfuerzo y heroísmo las causas sin ventura que las movidas por esos airecillos favorables y prósperos de la tornadiza y ligera fortuna, tan ciega en el reparto de sus graciosos beneficios. Los atambores, las chirimías, los gritos de mando, las vibraciones de los armamentos, el piafar de los caballos, el resuello de los infantes comunicaban al aire cierto ardor conocido con el nombre de bélico entusiasmo. Una explosión de tal efecto salió en clamores varios, de aquella multitud, como salen de los nublados tempestuosos chispas tonantes, al presen-

tarse Boabdil caracoleando en su caballo de guerra. Era este negro como la noche, y llevaba gualdrapas de purpurinos brocados semejantes á los arreboles del ocaso. Parecía que al bruto le constaba lo precioso y excepcional de su carga, según sus cabeceos, y el aire de superioridad con que abría las narices para recoger el aire y fijaba los ojos en los otros caballos al recoger el sol. Maravilloso, en efecto, aquel apuestísimo jinete caballero en su resplandeciente silla de montura como asentado en la sede soberbia de ambulante trono; y seguido por una cohorte de mancebos, los cuales reunían todas las ventajas y todas las bellezas de aquella privilegiadísima familia, congregada en torno del postrimer asilo, que aún al Koran quedaba en esta nuestra Península predilecta de sus ardorosos corazones. Boabdil parecía uno de los ángeles combatientes, pintados por Mahoma en las Suras, según relucían las incrustaciones de oro en el fino acero damasquinado de su brillante armadura. El peto y espaldar, la bordada marlota, el casco de cuyo negro fondo surgían cual signos luminosísimos las deslumbradoras cabalísticas letras dábanle aspectos de un sér, á quien el nacimiento regio y el trono altísimo prestaran ventajas, no arbitrarias y de convención, propias y naturales sobre todos sus vasallos. Quien lo viese allí, en aquel instante, observaría cómo desdeñaba los armamentos y los alardes y las milicias, fijos los ojos en el alto mirador de la Reina, mirador suspenso,

en guisa de oriental kiosco, sobre las orillas del Darro, porque allí, en aquel sitio, estaba Moraima, con el rostro pegado á las áureas celosías para ver á su amado y maldecir una vez más su odiada partida.

Los presentimientos de la reina mora comenzaron á cumplirse, cuando todavía no se alongara el esposo muy largo trecho del regio harén. Funestos augurios le seguían, parecidos á los cuervos, que aletean sobre un cadáver abandonado en solitario campo. Habían todos los sabios de la ciudad subido á sus torrés con el fin de leer horóscopos relativos á Boabdil, y ninguno encontrara celeste signo favorable al cuitadísimo jóven. Así, cada día, divulgábase más el apodo siniestro de desventurado, sin dicha, con que le conocía su familia desde su desastrosísimo nacimiento. Salía por la puerta de Elvira, donde le aguardaban para despedirlo muchos santones, de los que creen conjurar con sus plegarias la cólera del Todopoderoso, salía, y brillaba con extraordinario esplendor. Daban aquellos rayos, tan luminosos y ardientes del sol andaluz, en su armadura, y al quebrarse por las brillantes líneas y repetirse sus fulgores varios en el acero, parecían circundarlo con enjambres numerosos de soles descendidos para ofrecerle homenajes de cielos distantes é ignorados. Así es que al verlo de tanto esplendor circuido, iban todos á profetizarle felices auspicios, cuando un signo, bien infausto, heló en aquellos sus devotos la sangre. El caballo,

tan dócil y sumiso, que había llevado la carga de su amo con tanta docilidad y obediencia, espantóse al clamoreo de las muchedumbres, y desbocándose ciego, estuvo á punto de arrojarlo, y herirlo, y hasta quizás estrellarlo contra las gruesas piedras componentes de las espesísimas paredes. Pero si á él no le estrelló, por milagro, quebró la brusca sacudida en mil pedazos aquella lanza de los combates equivalente al cetro de los consejos. Los santones, reunidos, cual apuntamos arriba, para verlo partirse y escudriñar su fausta ó infausta suerte, aquellos santones pasados á su bando tras las escandalosas escenas de Hacem y de Zoraya, habían cumplido todos los ritos necesarios á ciertas adivinanzas, y lavádose con todas las abluciones prescritas en la santa liturgia, y vestídose hasta las camisas de rito y perfumádose con los aromas koránicos á fin de merecer al cielo, sordo para los profanos, tras oraciones repetidas y hasta inoportunas, alguna revelación. Así, en cuanto vieron aquella señal adversa, lanzáronse á los pies del caballo, y deteniéndolo, pidieron á una todos con grandes clamores al Sultán que no continuara su camino, y se metiera dentro de bosque cercano, donde resplandecía la tumba de un Mahedi, sombreada por olivos y cipreses, á reconciliarse con Alah, y apartar de su coronada frente con múltiples y continuas plegarias los rigores de la divina justicia. Santón hubo que creyó ver sobre la erguida cabeza y la resplandeciente cimera del joven viva lechuza, tor-

vo animal, en cuyos ojos siniestros se mete y oculta el diablo, al perseguir á los fieles para empujarlos hacia los abismos de la desgracia en esta vida, ó del infierno en la otra. No fué mucho, pues, que pueblo granadino y clerecía musulmana se juntaran en común súplica, pidiendo al monarca con clamores varios el desentimiento inmediato de la militar expedición y el regreso al regio palacio para remitir á mejores auspicios el intento de reanudar tan arriesgadas empresas. Boabdil no escuchó súplicas; incierto antes de las resoluciones, cuando alguna tomaba, siquier cediese á un ajeno impulso, ni carecía de valor, ni carecía de firmeza. Perseveró, pues, en su propósito, y siguió su marcha, dejando en dolor indecible á los entristecidos agoreros. Mas apenas diera en su camino algunos pasos, cuando surgía otro nefasto augurio, corroborador del precedente. Una zorra de mirada inteligentísima, hocico agudo y alzado con aire de baladronada y desafío, piel reluciente comparada por los orientales al crepúsculo, cola muy erguida y peluda, se corrió, con la sorna peculiar á semejantes animalejos, entre las huestes del ejército, y atravesando bajo la barriga del caballo real, ganó, libre y salva, su madriguera próxima, ilesa de cuantas flechas le asestaran los cazadores soldados. En las supersticiones asiáticas ocupa la zorra entre los cuadrúpedos lugar semejante al del buho y el mochuelo y la lechuza, entre las aves. Confunden los agoreros su piel rojinegra con los arreboles del

ocaso y le imputan tristezas de muerte. Siguenla en sus costumbres, y al verla tan taimada y traidora, enemiga del día y amante de la noche, acechando siempre al gallo que profetiza y anuncia las alboradas para concluir con él y con su serrallo de aves útiles al campo y al hogar, considéranla como poseída por completo del espíritu maligno y registran su presencia en cualquier ocasión y lugar entre los peores y más funestos presagios. Por consecuencia, entristecidos, á causa de los indecibles males que desencadenara el hado en aquella ocasión sobre los nazaritas, apenábanse cada vez más al observar cómo la rota lanza, el fantaseado mochuelo y la ligera zorra predecían grandes é irreparables desgracias.

No tardaron mucho, aunque todo parecía sonreír por el pronto al real caudillo. En Loja se le unió Aliatar, padre de Moraima, tan excelente de suyo en el valor, como esta su hija, en la ternura. Podía llamársele al viejo moro engendro de la guerra. Cercano á cumplir un siglo, vigilaba, cabalgaba, combatía, como el más robusto mancebo. Su actividad había hecho de Loja fortaleza inexpugnable contra los cristianos, seguro y presidio de Granada. Bien lo probó el mismo rey católico, levantando el asedio, que inútilmente le pusiera con sus mejores huestes, y remitiendo el rendirla definitivamente á esfuerzos mayores y á más hueste. Al verlo salir, en brioso caballo, con todos los arreos militares cargado; de todas las armas seguido;

por briosas huestes acompañado; creyeron los milites de Boabdil ver la victoria en persona. El viejo les conjuró á pernoctar en Loja para componer más á sus anchas el plan de campaña, y allí en Loja pasaron la noche. Discurrieron mucho en ella, y optaron por emprender correrías seguras en tierra de Córdoba, desguarnecida y abandonada entonces á causa de los recientes reveses cristianos y de las diezmadoras matanzas. Aguilar, Cabra, Montilla, Lucena se ofrecían á su codicia, coronadas de vergeles, que podían talarse á mansalva; ricas en trojes y en apriscos, donde con fortuna depredar á usanza mora, y recoger en despojos ensangrentados cuantiosísimo botín. Sobrecogidas á la descuidada por el tropel inesperado tan crasas comarcas, difícilmente podrían escapar en bien á la nocturna maniobra. Las aves de rapiña por los aires, las bestias carniceras por los desiertos, el tigre que acecha traidor sus víctimas, el chacal que machaca entre sus dientes los cadáveres, el insaciable león, la cruel águila, no pueden compararse con los ejércitos fronteros, que arrasan, en guisa de voraz langosta, las tiernas y apenas recién espigadas sembraduras; roban los dóciles ganados, combatiendo, como fortalezas agrias y ceñudas, á los inermes apriscos; incendian los caseríos y las aldeas en piras, cuyo fuego todo lo extermina y cuyas humaredas nublan de rojizos vapores el más claro cielo, después de haber desolado la tierra; y apresan, y cautivan, y encadenan á los habitantes, hombres, mu-

jeros, niños, llevándoselos á las mazmorras; ó bien para esclavizarlos perpetuamente y adscribirlos á sus servicios, ó bien para venderlos y traspasarlos en bazares y mercados de carne humana, que tal cortejo de crímenes lleva consigo la guerra y más en aquellos tiempos tristes y durísimos. Al grito de sus caudillos la gente granadina se sació y hartó, vertiendo unas veces la sangre humana con implacable crueldad, y cebándose otras veces en los campos hasta dejarlos yermos so los estragos del incendio. Cualquiera creería, viendo el terror de los españoles azorados y la insolencia de los moros triunfantes, oscurecida la buena estrella de los nuestros, y prosperado, como en los tiempos de aquel Hadyib, siempre victorioso, que se denominó Almanzor, los astros favorables á la morisma. Cuantioso resultó el botín recogido en tan procelosa correría de los sorprendidos cristianos. Baste decir que su distribución y reparto no dió margen á competencias y á quejas, pues todos allegaron más de lo que podían conllevar, y todos sintieron satisfechos hasta los mayores desapoderados deseos. Entonces los atrajo el abismo recatado tras las primeras ventajas. Y convinieron en que no bastaba con haber talado campos, encendido alquerías y villorrios, cautivado y muerto pobres campesinos; precisaba cualquier empresa que pudiera ser más arriesgada y útil, como la toma de una fuerte poblada ciudad ó villa; y pensaron todos á una en Lucena, proponiéndose rescatarla del infiel con facili-

dad é inscribirla con orgullo entre las glorias del reciente reinado de Boabdil.

El ingreso de tan joven monarca y apuesto caudillo en los campos de Lucena podía compararse, usando el habla de Oriente, á la feliz aparición de próspero y favorable astro en tranquilo y despejado cielo asiático. Todo le había sonreído hasta el momento feliz de aparecer ante la ciudad codiciada; y ya iba tras tantos logros de múltiples deseos y tras tantas cosechas de buenos sucesos, riéndose del terror mostrado por los santones granadinos y de los siniestros presentimientos sufridos por el corazón de Moraima. En el rostro de Boabdil, curtido por el sol y el viento, que borrarán la palidez enfermiza proveniente del placer y del harén, trasparentebase aquella salud, nacida del ejercicio constante, y aquella satisfacción en consonancia con el deber observado y cumplido, que tanto cuadran á la majestad y á la juventud. Su belleza increíble se realizaba y crecía en aquel varonil oficio de combatir, tan opuesto á la indolencia de su anterior vida, toda ella gastada en goces y sueños, cómo ebrio de los orientales bebedizos, con que las artes mágicas habían puesto debida sustitución al vino vedado por los preceptos del Profeta. Diríase, por lo apuesto de su talante y lo vistoso de su traje, que iba en pos de fiestas y no de batallas, el joven Sultán. Traía marlota de riquísimo brocado azul realizada con áureas escamas y muy ceñida en el delgado cuerpo; un peto con damasquinas cince-

laduras brillaba fulgurantísimo entre los pliegues de amplio alquicel, albo como el azahar; en el costado, y dentro de una vaina purpurina sembrada de piedras preciosas, pendía, suspensa de cadenas valiosísimas, á manera de cinturón, espada bien ancha, con empuñadura por tan delicado modo esmaltada de colores varios y de líneas geométricas unidas con letras cabalísticas que importaba un imperio; la cimera le resplandecía en la cabeza como resplandece la encendida luz en los discos de los soles; y una lanza, muy semejante al rayo que fulminan los dioses, en la diestra mano y una grande adarga sostenida por el brazo izquierdo y realizada por embutidos artísticos de metales varios completaban aquel rico traje militar tan vistoso y tan propio de su oficio y de su rango. Un poco antes de que principiara la terrible acometida, esquivado y oculto, con sus milites, de noche á los rayos de la luna en espeso bosque, Boabdil se dirigió á los primates de su ejército, á los que hoy llamaríamos, según usanza contemporánea, el Estado Mayor general de sus tropas, encareciéndoles cómo necesitaban todos confiar en él para mejor servirle, y servir al granadino reino, haciendo morder el polvo en aquella lid á los eternos enemigos de su corona y de su fe.

—Ya sabéis—dijo, que buscamos la verdadera vía, en obediencia fiel á los divinos mandatos, y con sujeción á la omnipotente voluntad é infalible sabiduría de Alah. No seamos jactanciosos hasta